

diente a tus padres, considerando que a ellos, después de Dios, es a quienes debes la vida, y que has de obedecerles de todo corazón sin quejarte ni manifestar desagrado alguno. En vez de dejarte ver en lugares de placer, en bailes y reuniones, mejor sería que frecuentases la casa del Señor, para orar, para arrepentirte de tus pecados y para alimentarte con el Pan de los Angeles. Has de mostrarte más reservada en tus palabras, más reservada en las conversaciones que sostienes con personas de distinto sexo. He aquí lo que únicamente quiere Dios de ti; si lo practicas, alcanzarás el cielo.

Y tú, hermano, ¿qué piensas de todo esto? ¿Hacia qué lado se inclinan tus anhelos? — ¡Ah!, dirás ¡cuánto preferiría ir al cielo donde se mora tan plácidamente, a ser arrojado al infierno donde se sufren tantos y tan diversos tormentos! mas ello será seguramente muy laborioso, y me habrá de faltar el valor. ¡Si un solo pecado nos lleva a la condenación, yo que a cada instante me enciendo en cólera, no me atrevo a intentar tamaña empresa! — ¿No te atreves a tal empresa? Escúchame un momento, y te voy a mostrar claramente cómo ello no es tan dificultoso cual a ti te parece; te va a costar menos agradar a Dios y salvar tu alma, que no procurarte los placeres terrenos y agradar al mundo. Los cuidados e inquietudes que hasta el presente habías dedicado al mundo, empléalos en dirigirte a Dios, y verás cómo El es menos exigente que el mundo. Los placeres van siempre acompañados de tristezas y amarguras, y seguidos del remordimiento de haberlos gustado. Cuántas veces, al regresar de la taberna o del baile, en donde habrás empleado buena parte de la noche, te habrás dicho: «Me sabe mal haber ido: si hubiese sabido lo que allí se hace, no hubiera asistido». Mas si, por el contrario, hubieses empleado la noche en la oración, lejos de sentirte enojado, experimentarías dentro de ti mismo una cierta alegría, una dulzura que

abrasaría tu corazón con sus flechazos de amor. Lleno de gozo, dirías como el santo rey David: «¡Oh, Dios mío! un día pasado en vuestro templo, es preferible a mil empleados en las reuniones mundanas». Los placeres de que disfrutas en el mundo te fastidian; casi todas las veces que te entregas a ellos, formas propósito de no volverlos a gustar; hasta no es raro que llores casi como desesperado, porque no sabes corregirte; maldices a las personas que comenzaron a apartarte de la buena senda; a cada instante te quejas de tu mala suerte; envidias la dicha de los que pasan tranquilamente sus días en la práctica de la virtud y en un entero desprecio de los goces del mundo; cuántas veces tus ojos se anegaron en lágrimas al ver la paz y alegría que resplandecen en la frente de los buenos cristianos; ¿qué sé yo? hasta llegas, tal vez, a envidiar a las personas que tienen la dicha de vivir bajo un mismo techo que ellos.

He dicho, amigo mío, que, después de haber pasado las noches entre los excesos del vicio y del libertinaje, sólo hallas, como resultado de todo aquello, turbación, fastidio, remordimiento y desesperación; por más que hayas hecho por tu parte todo lo posible para darte satisfacción, no has podido lograr tu objeto. Pues bien, amigo mío, ve cuánto más dulce es sufrir por Dios que no por el mundo. Cuando se han pasado una o más noches en oración, lejos de sentirse uno disgustado, de arrepentirse de ello, de envidiar a los que pasan ese tiempo durmiendo en lecho blando, por el contrario, se llora su ceguera y su desdicha; se bendice mil veces al Señor por habernos inspirado el pensamiento de procurarnos tanta dulzura y consuelo; lejos de maldecir a los que nos indujeron a abrazar un tal género de vida, al verlos se nos escapan lágrimas de agradecimiento, tanta es la felicidad que sentimos; lejos de concebir el propósito de no volver a las delicias

del espíritu, nos sentimos inclinados a buscarlas más y más, y sentimos una santa envidia por los que no se ocupan en otra cosa que en alabar al Señor. Si derrochaste tu dinero en placeres, al día siguiente te arrepentirás de ello; mas un cristiano que lo dé a un pobre miserable falto de recursos para vivir, un cristiano que haya vestido al desnudo, lejos de arrepentirse, anda buscando ocasiones para repetir tal linaje de buenas obras; y si es necesario, está dispuesto a privarse de lo indispensable, a despojarse de todo, tanto es su afán de aliviar a Jesucristo, en la persona de sus pobres. Pero, sin ir tan lejos, amigo mío, nada te costaría, cuando te hallas en el templo, mantenerte respetuoso y modesto en vez de reír y volver la cabeza a uno y otro lado; harías muy bien postrándote con ambas rodillas, en vez de mantener una en el aire; cuando oyes la palabra de Dios, ¿te sería, por ventura, más molesto escucharla con ánimo de aprovechar sus enseñanzas y practicarla en lo posible, que salir fuera a conversar de cosas indiferentes o tal vez pecaminosas? ¿No estarías más satisfecho si tu conciencia de nada te acusase, y si te acercases de cuando en cuando a recibir los sacramentos, en los que tanta fuerza hallarías para soportar con paciencia las miserias de la vida? Si no queréis creerme, H. M., preguntádselo a los que han cumplido con el precepto pascual, y os dirán el contento que experimentaron durante algún tiempo: a saber, mientras tuvieron la dicha de vivir en amistad con Dios.

Dime, amigo, ¿te mortificaría tanto el que tus padres te reprendiesen porque has estado demasiado tiempo en la iglesia, como si te echasen en cara el haber pasado la noche en medio del jolgorio? No, no, amigo, por cualquier lado que consideres lo que en el mundo haces, verás que te resulta más costoso que agradar a Dios y salvar tu alma. Y no te hablaré de la diferencia que a la hora de la muerte hay entre un cristiano que

ha servido fielmente a su Dios, y los remordimientos y desesperación del que sólo ha seguido sus placeres, no buscando otra cosa que satisfacer los corrompidos deseos de su corazón. Nada, en efecto, tan hermoso como presenciar la muerte de un santo : el mismo Dios se digna estar allí presente, según se refiere en la vida de muchos. ¿Puede comparársela con los horrores que rodean la del pecador, en que tan de cerca le acechan los demonios, devorándose unos a otros, para mirar quién tendrá la bárbara satisfacción de arrastrarle primero al infierno? Mas no sigamos por ahí, dejemos todo esto ; y consideremos solamente la vida presente.

De lo dicho hemos de deducir que, si hicieseis por Dios lo que hacéis por el mundo, seríais, en verdad, unos santos. — ¡ Oh !, dirás para ti, nos decís que no es difícil ir al cielo ; pero me parece que bastantes sacrificios hay que aceptar. — Indudablemente ; han de hacerse algunos sacrificios, de lo contrario sería falso lo que dijo Jesucristo, que la puerta del cielo es estrecha, que cuesta mucho trabajo el entrar, que hay que renunciar a sí mismo, tomar la cruz y seguirle, que muchos no serán contados en el número de los escogidos ; por lo cual nos promete el cielo como una recompensa que nos habremos merecido. Mirad lo que hicieron los santos para obtenerla. Id, H. M., a esos antros del corazón del desierto, entrad en los monasterios, recorred aquellos peñascos, y preguntad a la pléyade de santos que allí habitaron : ¿ Por qué tantas lágrimas y tantas penitencias? Subid a los patíbulos de los mártires, e informaos de lo que pretenden conseguir. Todos os contestarán que cuanto hacen es para ganar el cielo. ¡ Oh, Dios mío ! ¡ cuántas lágrimas derramaron durante años y años esos pobres solitarios ! ¡ Oh, Dios mío ! ¡ cuántas penitencias y rigores infligieron a sus cuerpos esos ilustres anacoretas ! ¿ Y quisiera yo ahorrarme todo sufrimiento, yo, que alimento las mismas esperan-

zas y deberé sujetarme al examen de un mismo juez ? ¡ Oh, Dios mío ! ¡ cuán perezoso soy cuando de trabajar para el cielo se trata ! ¡ Vuestros santos van a servirme de condenación cuando os muestren los sacrificios que hicieron por agradaros ! Dices que es costoso ir al cielo. Dime, amigo mío, ¿ no costó nada a San Bartolomé, cuando se dejó desollar vivo para agradar a Dios ? ¿ No costó nada a San Vicente, cuando fué extendido sobre un caballete en donde le abrasaban el cuerpo con antorchas encendidas, hasta que sus entrañas cayeron al fuego ; y cuando, después, fué conducido a la cárcel, donde se le había preparado una cama con fragmentos de botellas de vidrio, y se le obligó a echarse en ella ? Pregunta, amigo mío, a San Hilarión cómo pasó los ochenta años en el desierto, llorando noche y día. Ve a interrogar a San Jerónimo, aquel gran sabio : pregúntale por qué se golpeaba el pecho con una piedra, hasta quedar completamente acardenalado. Vete a aquellos peñascos, en donde hallarás a San Arsenio, y pregúntale por qué ha dejado los placeres del mundo para ir a llorar, durante el resto de sus días, en medio de bestias salvajes. Esta y no otra será la respuesta, amigo mío : « ¡ Ah ! fué para ganar el cielo, aun lo tengo en poco ; ¡ oh ! ¡ cuán insignificantes son tales penitencias, si las comparamos con la dicha que nos preparan ! » No, H. M., no existe linaje de tormentos, que los santos no hayan estado dispuestos a sufrir para comprar ese hermoso cielo.

Leemos que el emperador Nerón sujetó a los cristianos a crueldades tan horribles, que sólo el pensar en ellas nos hace estremecer. No sabiendo cómo iniciar su persecución contra los cristianos, puso fuego a la ciudad, a fin de dar después a entender que era ello obra de los cristianos. Viéndose aplaudido de todos sus súbditos, se entrega a todo lo que el furor podía inspirarle. Semejante a un furioso tigre sediento de sangre,

a unos hacía coser dentro de la piel de alguna bestia y los hacía arrojar a los campos para que fuesen comidos de los perros; a otros hacíalos cubrir con una vestidura barnizada de pez y azufre, y ordenaba ahorcarlos en los árboles de los caminos más concurridos para que alumbrasen a los viandantes durante la noche; en su mismo jardín había hecho trazar dos avenidas con esa suerte de árboles, y llegada la noche mandaba prenderles fuego, para darse el placer de pasear en su carroza a la luz de aquel triste y desgarrador espectáculo. No hallando aún satisfecho su furor, inventó otro suplicio. Ved cuál era: hizo construir unos recipientes de cobre de la forma de un toro, mandaba calentarlos al rojo durante varios días, y echaba dentro a todos los cristianos que podía capturar, e impiamente los veía abrasarse. Durante esta persecución fué cuando murió San Pedro. Estando encarcelado junto con San Pablo, a quien le fué cortada la cabeza, halló San Pedro medio de huir de la cárcel. Al hallarse en camino fuera de Roma, se le apareció el Señor y le dijo: «Pedro, voy a Roma a morir por segunda vez», y desapareció. Conociendo San Pedro, por aquello, que no debía rehuir la muerte, regresó a su prisión, donde fué condenado a morir en cruz. Cuando oyó pronunciar tal sentencia, exclamó: «¡ Oh, gracia! ¡ oh, felicidad! ¡ recibir la misma muerte que mi Dios!» Mas suplicó un favor a sus verdugos, y fué el de ser crucificado con la cabeza hacia abajo: «Porque, decía él, no merezco yo el honor de morir de la misma manera que mi Dios». Pues bien, amigo mío, ¿nada les ha costado a los santos llegar al cielo? ¡ Oh, hermoso cielo! si nos has de ser costoso como a aquellos bienaventurados, ¿quién de nosotros te alcanzará? Pero no, H. M., consolémonos, Dios no nos exige tanto.

Pero, pensarás, ¿qué debo, pues, hacer para ir al cielo? — ¡ Ah! amigo mío, muy bien sé yo lo que debe hacerse. ¿Tienes ganas de alcanzar el cielo? —

¡ Oh ! indudablemente, dirás, este es mi mayor deseo ; si me dedico a orar, si hago penitencia, es ciertamente para merecer tanta felicidad. — Pues bien, escúchame un momento y vas a saberlo. ¿ Qué has de hacer ? pues no dejar nunca tus oraciones de la mañana y de la noche ; no trabajar en domingo ; frecuentar los sacramentos de cuando en cuando, no detenerte a escuchar el demonio cuando te tienta, sino recurrir prontamente al Señor. — Mas, pensarás tal vez, muchas de estas cosas las haría fácilmente ; pero el confesarse resulta bastante incómodo. — ¿ Hallas esto incómodo, amigo ? ¿ prefieres, pues, quedar en manos del demonio, antes que echarlo fuera de ti para volver al seno de Dios, quien tantas pruebas te ha dado de su bondad ? ¿ No consideras como un momento de los más felices aquel en que tienes la dicha de recibir a tu Dios ? ¡ Oh, Dios mío ! si os amásemos, ¡ cuánto desearíamos aquel momento feliz !...

¡ Valor ! amigo mío, ¡ no te desanimes ! pronto van a acabar tus penas ; mira al cielo, aquella morada santa y perdurable ; abre tus ojos, y verás a Dios tendiéndote amorosamente la mano para atraerte hacia El. Sí, amigo mío, dentro unos instantes te tratará como fué tratado Mardoqueo, para publicar la magnitud de tus victorias sobre el mundo y sobre el demonio. El rey Asuero, queriendo reconocer los favores de su general, quiso que montase en su carroza triunfal con un heraldo que le precediese, clamando : « De esta manera recompensa el rey los servicios que se le han prestado ». Figúrate, pues, que en este momento Dios hace aparecer ante nuestra vista a uno de aquellos bienaventurados con todo el esplendor de gloria de que está revestido en el cielo, mostrándonos la alegría, la dulzura, las delicias de que están inundados los santos en la patria celestial, y que nos habla clamando : « ¡ Oh, hombres ! ¿ por qué no amáis a vuestro Dios ? ¿ Por qué no traba-

jáis por merecer un bien tan excelso? Oh, hombre ambicioso, que tienes pegado tu corazón a la tierra, ¿qué son los honores de este mundo frívolo y percedero, en comparación de los honores y de la gloria que Dios nos prepara en su reino? Oh, hombres avarientos que tanto deseáis esas riquezas efímeras, ¡cuán ciegos estáis, olvidándoos de trabajar por adquirir las que no han de acabarse jamás! El avaro busca la felicidad en sus riquezas, el borracho en sus bebidas, el orgulloso en sus honores y el impúdico en los placeres de la carne. ¡Ah! no, no, amigo mío, te engañas, levanta al cielo los ojos de tu alma, fija tu mirada en aquel hermoso paraíso, y encontrarás tu completa felicidad; ¡holla y desprecia la tierra, y así hallarás el cielo! Hermano mío, ¿por qué te sumes en el abismo de tan vergonzosos vicios? ¡Mira el torrente de delicias que Jesucristo te prepara en la patria celestial! ¡Ah! ¡anda suspirando en pos de aquel feliz momento!...

Sí, H. M., todo nos está diciendo, todo nos incita a no dejarnos perder un tesoro tal. Los santos que habitan aquella deliciosa morada, claman desde lo alto de sus tronos de gloria: «¡Oh! si pudieseis comprender la felicidad de que aquí gozamos, a cambio de haber luchado breves momentos». Pero los condenados nos lo dicen de una manera aún más conmovedora: «¡Oh, vosotros que estáis aún en la tierra! ¡oh! ¡cuán dichosos sois pudiendo ganar el cielo que nosotros hemos ya perdido! ¡Oh! si estuviésemos en vuestro lugar, seríamos mucho más juiciosos de lo que fuimos; hemos perdido a nuestro Dios, y lo hemos perdido para siempre! ¡Oh, desgracia incomprensible... ¡oh, desdicha irreparable!... ¡nunca te veremos, hermoso cielo!...» ¡Oh! H. M., ¿quién de nosotros no deseará, con grandes ansias, tan incomparable felicidad?

CORPUS CHRISTI

Incola ego sum in terra.
Soy como extranjero en mi
tierra.

(Ps. CXVIII, 19.)

Estas palabras nos recuerdan todas las miserias de la vida, el menosprecio con que hemos de mirar las cosas creadas y perecederas, el deseo con que debemos esperar la salida de este mundo para encaminarnos a nuestra verdadera patria, ya que esta tierra no lo es.

Consolémonos, sin embargo, H. M., del destierro a que estamos sujetos; en él tenemos un Dios, un amigo, un consolador y un Redentor, que puede endulzar nuestras penas, haciéndonos vislumbrar grandes bienes, desde este valle de miserias; lo cual debe llevarnos a exclamar, como la Esposa de los Cantares: «¿Habéis visto a mi amado? y si lo habéis visto, ¡ah! decidle que no hago más que penar» (1). «¡Ah! hasta cuándo, Señor, exclama el santo Rey Profeta en sus transportes de amor y arrobamiento, ¡ah! hasta cuándo prolongaréis mi destierro lejos de Vos?» (2). Sí, H. M., más dichosos que los santos del Antiguo Testamento, no solamente poseemos a Dios por la grandeza de su inmensidad, en virtud de la cual se halla en todas partes; sino que le tenemos con nosotros tal cual estuvo durante nueve meses en el seno de María, tal cual estuvo en la cruz. Más afortunados aún que los primeros cristianos, quienes hacían cincuenta o sesenta leguas de

(1) Cant., V, 8.

(2) Ps. CXIX, 5.

camino para tener la dicha de verle, nosotros, H. M., le posemos en cada parroquia, cada parroquia puede gozar a su gusto de tan dulce compañía. ¡Oh, pueblo feliz!

¿Cuál es mi propósito? Vedlo aquí. Quiero mostraros la bondad de Dios en la institución del adorable sacramento de la Eucaristía y los grandes provechos que de este sacramento podemos sacar.

I. — Digo yo que lo que hace la felicidad de un buen cristiano, hace la desgracia de un pecador. ¿Queréis de ello una prueba? vedla aquí. Sí, H. M., para el pecador que no quiere salir del pecado, la presencia de Dios se convierte en un suplicio: quisiera él borrar el pensamiento de que Dios le está mirando y le juzgará; se oculta, huye de la luz del sol, se hunde en las tinieblas, siente indecible horror por todo lo que puede evocarle aquel pensamiento; un ministro de Dios le estorba, le causa odio, huye de él; cuando piensa que tiene un alma inmortal, que hay un Dios que le recompensará o castigará durante toda la eternidad, conforme a sus obras; le parece que tales pensamientos son otros tantos verdugos que le atormentan sin cesar. ¡Ah! ¡triste existencia la de un pecador que vive en pecado! ¡Es en vano que te ocultes de la presencia de Dios, nunca podrás conseguirlo! «¿Adán, Adán, dónde estás?» «¡Ah! Señor, exclama, he pecado, y temo vuestra presencia» (1). Adán, temblando, corre a ocultarse, y es precisamente en el momento en que creía no ser visto de Dios cuando se hizo oír su voz: «Adán, en todas partes me hallarás; has pecado, y Yo he sido testigo de tu crimen; mis ojos estaban fijos en ti». «Caín, Caín, ¿dónde está tu hermano?» Al oír la voz del Señor, Caín quedó estupefacto. Pero

(1) Gen., III, 9-10.

Dios le persiguió con la espada en el cinto: «Caín, la sangre de tu hermano clama venganza» (1). ¡Oh! cuán cierto es que el pecador se halla en un continuado espanto y desesperación. ¿Qué hiciste, pecador? Dios te castigará. No, no, exclama, Dios no me ha visto, «no hay Dios». ¡Ah! desgraciado, Dios te ve y te castigará. De lo cual concluyo que en vano el pecador querrá tranquilizarse, olvidar sus pecados, huir de la presencia de Dios y procurarse todo cuanto su corazón pueda desear; a pesar de todo esto, no dejará de ser un desdichado; en todas partes arrastrará sus cadenas y su infierno. ¡Ah! ¡triste existencia! No, H. M., no vayamos más lejos; estos pensamientos son demasiado desesperanzadores; de ningún modo nos conviene hoy este lenguaje; dejemos a esos pobres desgraciados en las tinieblas, ya que en ellas quieren vivir; dejemos que se condenen, ya que no quieren salvarse.

«Venid, hijos míos, decía el santo Rey David, venid, pues tengo grandes cosas que anunciaros; venid, y os diré cuán bueno es el Señor para los que le aman. Tiene preparado para sus hijos un alimento celestial que da frutos de vida. En todas partes hallaremos a nuestro Dios; si vamos al cielo, allí estará; si pasamos el mar, le veremos a nuestro lado; si nos sumergimos en la profundidad caótica de las aguas, hasta allí nos acompañará» (2). No, no, nuestro Dios no nos pierde de vista, cual una madre que está vigilando al hijito que da los primeros pasos. «Abrahán, dice el Señor, anda en mi presencia y la hallarás en todas partes.» «¡Dios mío!, exclama Moisés, servíos mostrarme vuestra faz; con ello tendré cuanto puedo desear» (3). ¡Ah! cuán consolado queda un cristiano, al pensar que Dios le ve, que es testigo de sus penalidades y de sus com-

(1) Gen., IV, 9-10.

(2) Ps. XXXIII; CXXXVIII. XXII;

(3) Exod. XXXIII, 13.

bates, que tiene a Dios de su parte. ¡ Ah ! digámoslo mejor, H. M., ¡ todo un Dios le estrecha dulcemente contra su seno ! ¡ Ah, pueblo cristiano ! ¡ cuán dichoso eres al gozar de tantos favores que no se conceden a los demás pueblos ! ¡ Ah ! razón tenía al deciros que, si la presencia de Dios es una tiranía para el pecador, es en cambio una delicia infinita, un cielo anticipado para el buen cristiano.

Sí, H. M., hermoso y consolador es lo que os acabo de decir, mas aún no es todo; es poca cosa todavía, me atrevo a decir, en comparación del amor que Jesucristo nos manifiesta en el adorable sacramento de la Eucaristía. Si me dirigiese a gente incrédula o impía, que se atreve a dudar de la presencia de Jesucristo en este adorable sacramento, comenzaría por aportar pruebas tan claras y convincentes, que morirían de pena por haber dudado de un misterio apoyado en argumentos tan fuertes y persuasivos. Les diría yo : si es verdad la existencia de Jesucristo, también es verdad este misterio, ya que Aquél, después de haber tomado un fragmento de pan en presencia de sus apóstoles, les dijo : « Ved aquí pan ; pues bien, voy a transformarlo en mi Cuerpo ; ved aquí vino, el cual voy a transformar en mi Sangre ; este cuerpo es verdaderamente el mismo que será crucificado, y esta sangre es la misma que será derramada en remisión de los pecados ; y cuantas veces pronunciéis estas palabras, dijo además a sus apóstoles, obraréis el mismo milagro ; esta potestad la comunicaréis unos a otros hasta el fin de los siglos » (1). Mas ahora dejemos a un lado estas pruebas ; tales razonamientos son inútiles para unos cristianos que tantas veces han gustado las dulzuras que Dios les comunica en el sacramento del amor.

Dice San Bernardo que hay tres misterios en los

(1) Matth., XXVI ; Luc., XXII.

cuales no puede pensar sin que su corazón desfallezca de amor y de dolor. El primero es el de la Encarnación, el segundo es el de la muerte y pasión de Jesús, y el tercero es el del adorable sacramento de la Eucaristía. Al hablarnos el Espíritu Santo del misterio de la Encarnación, se expresa en términos que nos muestran la imposibilidad de comprender hasta dónde llega el amor de Dios a los hombres, pues dice: «Así amó Dios al mundo», como si nos dijese: dejo a vuestra mente, dejo a vuestra imaginación la libertad de formar sobre ello las ideas que os plazca; aunque tuvieseis toda la ciencia de los profetas, todas las luces de los doctores y todos los conocimientos de los ángeles, os sería imposible comprender el amor que Jesucristo ha sentido por vosotros en estos misterios. Cuando nos habla San Pablo de los misterios de la Pasión de Jesucristo, ved cómo se expresa: «Con todo y ser Dios infinito en misericordia y en gracia, parece haberse agotado por amor nuestro. Estábamos muertos y nos dió la vida. Estábamos destinados a ser infelices por toda una eternidad, y con su bondad y misericordia ha cambiado nuestra suerte» (1). Finalmente, al hablarnos, San Juan, de la caridad que Jesucristo mostró para con nosotros al instituir el adorable sacramento de la Eucaristía, nos dice «que nos amó hasta el fin» (2), es decir, que amó al hombre, durante toda su vida, con un amor sin igual. Mejor dicho, H. M., nos amó cuanto pudo. ¡Oh, amor, cuán grande y cuán poco conocido eres!

Y pues, amigo mío, ¿no amaremos a un Dios que durante toda la eternidad ha suspirado por nuestro bien? ¡Un Dios!... ¡Ah! un Dios que tanto lloró nuestros pecados, y que murió para borrarlos! Un Dios que

(1) Eph., II, 4-6.

(2) Joan., XIII, 1.

quiso dejar a los ángeles del cielo, donde es amado con amor tan perfecto y puro, para bajar a este mundo, sabiendo muy bien que aquí sería despreciado. De antemano sabía las profanaciones que iba a sufrir en este sacramento de amor. No se le ocultaba que unos le recibirían sin contrición; otros sin deseo de corregirse; ¡ay! otros, tal vez, con el crimen en su corazón, dándole con ello nueva muerte. Pero nada de esto pudo detener su amor. ¡Oh, dichoso pueblo cristiano!... «Oh, ciudad de Sión, regocíjate, prorrumpes en la más franca alegría, exclama el Señor por boca de Isaías, ya que tu Dios mora en tu recinto» (1). Sí, H. M., lo que el profeta Isaías decía a su pueblo, puedo yo decíroslo con más exactitud. ¡Cristianos, regocijaos! vuestro Dios va a comparecer entre vosotros. Sí, H. M., este dulce Salvador va a visitar vuestras plazas, vuestras calles, vuestras moradas; en todas partes derramará las más abundantes bendiciones. ¡Oh, moradas felices aquellas delante de las cuales va a pasar! ¡Oh, felices caminos los que vais a estremeceros bajo tan santos y sagrados pasos! ¿Quién nos impedirá decir, H. M., al volver a discurrir por la misma vía: Por aquí ha pasado mi Dios, por esta senda ha seguido cuando derramaba sus saludables bendiciones en esta parroquia?

¡Oh! ¡qué día tan consolador para nosotros, H. M.!

¡Ah! si nos es dado gozar de algún consuelo en este mundo, ¿no será, por ventura, en este momento feliz? Sí, H. M., olvidemos, a ser posible, todas nuestras miserias. Esta tierra extranjera va a convertirse en la imagen de la celestial Jerusalén; las alegrías y fiestas del cielo van a bajar a la tierra. ¡Ah! «Péguese la lengua a mi paladar, si es capaz de olvidar estos

(1) Exsulta et lauda habitatio Sion; quia magnus in medio tui Sanctus Israel (Is., XII, 6).

grandes beneficios» (1). ¡ Ah ! ¡ que el cielo prive a mis ojos de la luz, si ellos han de fijar sus miradas en las cosas terrenas !

Sí, H. M., si consideramos las obras de Dios : el cielo y la tierra, el orden admirable que reina en el vasto universo, ellas nos anuncian un poder infinito que lo ha creado todo, una sabiduría infinita que todo lo gobierna, una bondad suprema y providente que cuida de todo con la misma facilidad que si estuviese ocupada en un solo ser : tantos prodigios han de llenarnos forzosamente de sorpresa, espanto y admiración. Mas, fijándonos en el adorable sacramento de la Eucaristía, podemos decir que en él está el gran prodigio del amor de Dios para con nosotros ; en él es donde su omnipotencia, su gracia y su bondad brillan de la manera más extraordinaria. Con toda verdad podemos decir que éste es el pan bajado del cielo, el pan de los ángeles, que recibimos como alimento de nuestras almas. Es el pan de los fuertes que nos consuela y suaviza nuestras penas. Es éste realmente «el pan de los caminantes» ; mejor dicho, H. M., es la llave que nos franquea las puertas del cielo. «Quien me reciba, dice el Salvador, alcanzará la vida eterna ; el que me coma no morirá. Aquel, dice el Salvador, que acuda a este sagrado banquete, hará nacer en él una fuente que manará hasta la vida eterna» (2).

Mas, para conocer mejor las excelencias de este don, debemos examinar hasta qué punto Jesucristo ha llevado su amor a nosotros en este sacramento. No, H. M., no era bastante que el Hijo de Dios se hiciese hombre por nosotros ; para dejar satisfecho su amor, era preciso ofrecerse a cada uno en particular. Ved cuánto nos ama, H. M. En la misma hora en que sus indig-

(1) Ps. CXXXVI, 6.

(2) Ioan., VI, 54-55 ; IV, 14.

nos hijos activaban los preparativos para darle muerte, su amor le llevaba a obrar un milagro cuyo objeto es permanecer entre ellos. ¿Se ha visto, podrá verse amor más generoso ni más liberal que el que nos manifiesta en el Sacramento de su amor? ¿No habremos de afirmar, con el Concilio de Trento, que en dicho Sacramento es donde la liberalidad y generosidad divinas han agotado todas sus riquezas? (1) ¿Nos será dado hallar sobre la tierra, y hasta en el cielo, algo que con este misterio pueda ser comparado? ¿Se ha visto jamás que la ternura de un padre, la liberalidad de un rey para con sus súbditos, llegase hasta donde ha llegado la que muestra Jesucristo en el Sacramento de nuestros altares? Vemos que los padres, en su testamento, dejan las riquezas a sus hijos; mas, en el testamento del Divino Redentor, no son bienes temporales, puesto que ya los tenemos..., sino su Cuerpo adorable y su Sangre preciosa lo que nos da. ¡Oh, dicha del cristiano, cuán poco apreciada eres! No, H. M., Jesús no podía llevar su amor más allá que dándose a Sí mismo; ya que, al recibirlo, le recibimos con todas sus riquezas. ¿No es esto una verdadera prodigalidad de un Dios para con sus criaturas? Sí, H. M., si Dios nos hubiese dejado en libertad de pedirle cuanto quisiéramos, ¿nos habríamos atrevido a llevar hasta tal punto nuestras esperanzas? Por otra parte, el mismo Dios, con ser Dios, ¿podía hallar algo más precioso para darnos?, nos dice San Agustín.

Pero, ¿sabéis aún, H. M., cuál fué el motivo que movió a Jesucristo a permanecer día y noche en nuestros templos? ¡Ay! H. M., pues fué para que, cuantas veces quisiéramos verle, nos fuese dado hallarle. ¡Ah! ¡cuán grande eres, ternura de un padre! ¡Qué cosa puede haber más consoladora para un cristiano, H. M.,

(1) Ses. XIII, cap. II.

que sentir que adora a un Dios presente en cuerpo y alma ! «¡ Ah ! Señor, exclama el Profeta Rey, ¡ un día pasado junto a Vos es preferible a mil empleados en las reuniones del mundo !» (1). ¿Qué es, en efecto, lo que hace tan santas y respetables nuestras iglesias? ¿no es, por ventura, la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo? ¡ Ah ! ¡ pueblo feliz, el cristiano !

II. — Pero, me preguntaréis, ¿qué deberemos hacer para testimoniar a Jesucristo nuestro respeto y nuestra gratitud? Vedlo aquí, H. M.

1.º Deberemos comparecer siempre ante su presencia con el mayor respeto, y seguirle con alegría verdaderamente celestial, representándonos interiormente aquella gran procesión que tendrá lugar después del juicio final. Sí, H. M., para quedar penetrados del más profundo respeto, bastará recordar nuestra condición de pecadores, considerando cuán indignos somos de seguir a un Dios tan santo y tan puro, Padre bondadoso al que tantas veces hemos despreciado y ultrajado, y que con todo nos ama aún y se complace en darnos a entender que está dispuesto a perdonarnos nuevamente. ¿Qué es lo que hace Jesucristo cuando le llevamos en procesión? Vedlo aquí. Viene a ser como un buen rey en medio de sus súbditos, como un padre bondadoso rodeado de sus hijos, como un buen pastor visitando sus rebaños. ¿En qué debemos pensar, H. M., cuando marchamos en pos de nuestro Dios? Mirad. Hemos de seguirle con la misma devoción y adhesión que los primeros fieles cuando moraba aquí en la tierra prodigando el bien a todo el mundo. Sí, si acertamos a acompañarle con viva fe, tendremos la seguridad de alcanzar cuanto le pidamos.

Leemos en el Evangelio que un día, en el camino

(1) Ps. LXXXIII, 11.

por donde pasaba el Señor, había dos ciegos, los cuales se pusieron a dar voces diciendo : «¡ Oh Jesús, hijo de David, ten piedad de nosotros !» Al verlos el Divino Maestro, movióse a compasión, y les preguntó qué querían. «¡ Ah ! Señor, le respondieron, haced que veamos.» «Pues ved», les dijo el Salvador (1). Un gran pecador, llamado Zaqueo, deseando verle pasar, se encaramó a un árbol ; pero Jesucristo, que había venido para salvar a los pecadores, le dijo : «Zaqueo, baja del árbol, pues quiero alojarme hoy en tu casa». ¡ En tu casa ! lo cual es como si le dijese : Zaqueo, desde hace mucho tiempo, la puerta de tu corazón está cerrada por el orgullo y las injusticias ; ábreme hoy, pues vengo para otorgarte el perdón. Al momento, bajó Zaqueo, humilióse profundamente ante su Dios, reparó todas sus injusticias, no deseando ya por herencia otra cosa que la pobreza y el sufrimiento (2). ¡ Oh, instante feliz, el cual le valió una eternidad de dicha ! Otro día, pasando el Salvador por otra calle, seguía una pobre mujer, afligida por espacio de doce años a causa de un flujo de sangre. «¡ Ah ! se decía ella, ¡ ah ! si tuviese la dicha de tocar aunque sólo fuese el borde de sus vestiduras, estoy cierta que curaría (3).» Y corrió, llena de confianza, a arrojarle a los pies del Salvador, y al momento quedó libre de su enfermedad. Sí, H. M., si tuviésemos la misma fe y la misma confianza, obtendríamos también las mismas gracias ; puesto que es el mismo Dios, el mismo Salvador y el mismo Padre, animado de la misma caridad. «Venid, decía el Profeta, venid, salid de vuestros tabernáculos, mostraos a vuestro pueblo que os desee y os ama.» ¡ Ay ! ¡ cuántos enfermos esperan la curación ! ¡ cuántos ciegos a quienes habría que devolver la vista ! ¡ Cuántos cristia-

(1) Matth., XX, 30-34.

(2) Luc., XIX, 1-10.

(3) Matth., IX, 20-22.

nos, de los que van a seguir a Jesucristo, tienen sus almas cubiertas de llagas ! ¡ Cuántos cristianos están en las tinieblas y no ven que corren inminente peligro de precipitarse en el infierno ! ¡ Dios mío ! ¡ curad a unos e iluminad a otros ! ¡ Pobres almas, cuán desdichadas sois !

Nos refiere San Pablo que, hallándose en Atenas, vió escrito en un altar : «Aquí reside el Dios desconocido, o a lo menos olvidado» (1). Pero ¡ ay !, H. M., podría deciros yo lo contrario : vengo a anunciaros un Dios que vosotros conocéis como tal, y no obstante no le adoráis, antes bien le despreciáis. ¡ Ay ! cuántos cristianos, en el santo día del domingo, no saben cómo emplear el tiempo, y, con todo, no se dignan dedicar ni tan sólo unos momentos a visitar a su Salvador que arde en deseos de verlos junto a sí, para decirles que los ama y que quiere colmarles de favores. ¡ Oh ! ¡ qué vergüenza para nosotros !... ¿ Ocurre algún acontecimiento extraordinario ? lo abandonáis todo y corréis a presenciarlo. Mas a Dios no hacemos otra cosa que despreciarle, huyendo de su presencia ; el tiempo empleado en honrarle siempre nos parece largo, toda práctica religiosa nos parece durar demasiado. ¡ Ah ! ¡ cuán distintos eran los primeros cristianos ! consideraban como los más felices de su vida los días y noches empleados en las iglesias cantando las alabanzas al Señor o llorando sus pecados ; mas hoy, por desgracia, no ocurre lo mismo. Los cristianos de hoy, huyen de Él y le abandonan, y hasta algunos le desprecian ; la mayor parte nos presentamos en las iglesias, lugar tan sagrado, sin reverencia, sin amor de Dios, hasta sin saber para qué vamos allí. Unos tienen ocupado su corazón y su mente en mil cosas terrenas o tal vez criminales ; otros están allí con disgusto y fastidio ; otros hay que apenas si doblan la rodilla en los momentos en que

(1) Ignoto Deo (Act. XVII, 23).

un Dios derrama su sangre preciosa para perdonar sus pecados; finalmente, otros, aun no se ha retirado el sacerdote del altar, ya están fuera del templo. Dios mío, cuán poco os aman vuestros hijos, mejor dicho, cuánto os desprecian. En efecto, H. M., ¿cuál es el espíritu de ligereza y disipación que dejéis de mostrar en la iglesia? unos duermen, otros hablan, y casi ninguno hay que se ocupe en lo que allí debería ocuparse.

2.º Digo, H. M., que habiendo sido los hombres criados por Dios y enriquecidos sin cesar por su mano con los más abundantes favores, debemos todos testificarle nuestro agradecimiento, y a la vez afligirnos por haberle ultrajado. Nuestra conducta debe ser la de un amigo que se entristece por las desgracias que a su amigo sobrevienen: a esto se llama mostrar una amistad sincera. Sin embargo, H. M., por favores que haya podido prestar un amigo, nunca hará lo que Dios ha hecho por nosotros. — Pero, me diréis, ¿quiénes deben, al parecer de usted, sentir un amor más intenso y más ardiente a la vista de los ultrajes que Jesucristo recibe de los malos cristianos? — Es indudable que todos han de afligirse por los desprecios de que es objeto, todos han de procurar desagraviarle; mas entre los cristianos hay algunos que están obligados a ello de un modo especial, y son los que tienen la dicha de pertenecer a la cofradía del Santísimo Sacramento. He dicho: «Que tienen la dicha». ¡Ah! ¿habrá otra mayor que la de ser escogidos para desagraviar a Jesucristo de los ultrajes que recibe en el Sacramento de su amor? No os quepa duda, H. M.; vosotros, como cofrades, estáis obligados a llevar una vida mucho más perfecta que el común de los cristianos. Vuestros pecados son mucho más sensibles a Dios Nuestro Señor. No, H. M., no hay bastante con llevar un cirio en la mano, para dar a entender que somos contados entre los escogidos de Dios; es preciso que nuestro compor-

tamiento nos singularice, como el cirio nos distingue de los que no lo llevan. ¿Por qué, H. M., llevamos esos cirios que brillan, si no es para indicar que nuestra vida debe ser un modelo de virtud, para mostrar que consideramos como una gloria el ser hijos de Dios y que estamos prestos a dar la vida por defender los intereses de Aquel a quien nos hemos consagrado perpetuamente? Sí, H. M., esforzarse en adornar las iglesias y los altares es dar, ciertamente, señales exteriores muy buenas y laudables; pero no hay bastante. Los bethsamitas, cuando el arca del Señor pasó por su tierra, dieron muestras del mayor celo y diligencia: en cuanto la divisaron, salió el pueblo en masa para precederla; todos se ocuparon diligentemente en preparar la leña para ofrecer los sacrificios. Sin embargo, cincuenta mil hubieron de morir, por no haber guardado bastante respeto (1). ¡Oh! H. M., ¡cuánto ha de hacernos temblar este ejemplo! ¿Qué objetos guardaba aquella arca, H. M.? ¡Ah! un poco de maná, las tablas de la Ley; y porque los que a ella se acercan no están bien penetrados de su presencia, el Señor los hiere de muerte. Pero, decidme, ¿quiénes de los que reflexionen tan sólo por un momento sobre la presencia de Jesucristo, no quedarán sobrecogidos de temor? ¡Cuántos desgraciados, H. M., forman parte del cortejo del Salvador, con un corazón lleno de culpas! ¡Ah, infeliz! en vano doblarás la rodilla, mientras un Dios se yergue para bendecir a su pueblo; sus penetrantes miradas no dejarán por eso de ver los horrores que cobija tu corazón. Mas, si nuestra alma está pura, entonces podremos figurarnos que vamos en pos de Jesucristo como en pos de un gran rey que sale de la capital de su reino para recibir los homenajes de sus súbditos y colmarlos de favores.

(1) I Reg., VI.

Leemos en el Evangelio que aquellos dos discípulos que iban a Emmaús andaban en compañía del Salvador sin conocerle ; y cuando le hubieron reconocido, desapareció. Enajenados por su dicha, decíanse el uno al otro : «¿Cómo se explica que no le hayamos reconocido? ¿Acaso nuestros corazones no se sentían inflamados de amor cuando nos hablaba explicándonos las Escrituras?» (1). Mil veces más dichosos que aquellos discípulos somos nosotros, H. M., ya que ellos iban en compañía de Jesucristo sin conocerle, mas nosotros sabemos que quien marcha en nuestra compañía presidiéndonos, es nuestro Dios y Salvador, el cual va a hablar al fondo de nuestro corazón, en donde infundirá una infinidad de buenos pensamientos y santas inspiraciones. «Hijo mío, te dirá, ¿por qué no quieres amarme? ¿Por qué no dejas ese maldito pecado que levanta una muralla de separación entre ambos? ¡ Ah ! hijo mío, aquí tienes el perdón, ¿quieres arrepentirte?» Pero ¿qué le responde el pecador? «No, no, Señor, prefiero vivir bajo la tiranía del demonio y ser reprobado, a imploraros perdón.»

Mas, me dirá alguno, nosotros no decimos esto al Señor. — Pero yo replico que se lo decís repetidamente, o sea, cada vez que Dios os inspira el pensamiento de convertirlos. ¡ Ah ! desgraciado, día vendrá en que pedirás lo que hoy rehusas, y entonces tal vez no te será concedido. Es muy cierto, H. M., que si tuviésemos la dicha de que Dios se nos hiciese visible, como ha acontecido a muchos santos, ya en la figura de un niño en el pesebre, ya traspasado por los clavos en la cruz, sentiríamos para con El mayor respeto y amor ; pero esto no lo merecemos, y si nos aconteciese un caso semejante nos creeríamos ya santos, lo cual sería un motivo de

(1) Nonne cor nostrum ardens erat in nobis, dum loqueretur in via, et aperiret nobis Scripturas? (Luc., XXIV, 13-32).

orgullo. Mas, aunque Dios no nos otorgue esta gracia, no deja por ello de estar presente, y presto a concedernos cuanto le pidamos.

Refiérese en la historia que, dudando un sacerdote de esta verdad, después de haber pronunciado las palabras de la consagración : «¿Cómo es posible, decía entre sí, que las palabras de un hombre obren tan gran milagro?» Mas Jesucristo, para echarle en cara su poca fe, hizo que la santa Hostia sudase sangre en abundancia, hasta el punto que fué preciso recoger ésta con una cuchara (1). Y el mismo autor nos refiere también que un día se pegó fuego a una capilla, y ardió toda la construcción hasta quedar destruída ; mas la santa Hostia quedó suspendida en el aire sin apoyarse en ninguna parte. Habiendo acudido un sacerdote para recibirla en un vaso, vino en seguida ella misma a posarse allí (2).

Sabemos por la historia eclesiástica (3) que la criada de un judío, para complacer a su dueño, le proporcionó una partícula consagrada. Aquella infeliz, después de haberla recibido en la boca, tomóla, púsola en un pañuelo y la entregó a su dueño. Aquel monstruo, enajenado de alegría por tener a Jesucristo en sus manos, siguiendo el ejemplo de sus padres que le crucificaron, entregóse a cuanto supo inspirarle su furor. Pero parece que Jesucristo quiso manifestarle cuánto sentía los ultrajes de que le hacía víctima. Habiendo el infeliz colocado la hostia santa sobre una mesa, le dió muchos golpes con un cuchillo, y quedó enteramente cubierta

(1) *Las maravillas divinas en la Santa Eucaristía*, por el P. Rossignoli, S. J., CXIII.ª maravilla.

(2) Es el milagro de las sagradas Hostias de Faverney, en la diócesis de Besançon, ocurrido el día 26 de mayo de 1608.

Monseñor de Segur, en *La Francia al pie del Santísimo Sacramento*, XV, refiere el hecho con ciertas particularidades algo distintas de la narración de nuestro autor.

(3) Este milagro ocurrió en París en 1290. V. Rohrbacher, *Historia universal*, libro LXXVI.

de sangre; lo cual infundió gran temor a su mujer y a sus hijos que eran testigos de aquel horrible espectáculo. Entonces volvió a tomarla, la fijó con un clavo, la golpeó con azotes e hirióla con una lanza; la sangre manaba aún más abundantemente que la vez primera. Por tercera vez la tomó, y la arrojó en una caldera de agua hirviendo. Al momento el agua quedó transformada en sangre; y entonces Jesucristo tomó la figura que tenía en el sagrado árbol de la cruz. Parece que, al llegar a este punto, Jesucristo intentaba conmover al judío. Mas el infeliz, cual otro Judas, teniendo por demasiado grave su crimen, desesperó del perdón, y fué condenado a ser quemado vivo. No, H. M., no podemos escuchar tales horrores sin temblar. ¡Ay! ¡cuántos cristianos le tratan aún con mayor crueldad!

Pero, me dirás, ¿cómo puede haber alguien capaz de obrar así?—¡Ay! amigo mío, ¡no permita Dios que te acontezca alguna vez desgracia semejante! Siempre que consientes en el pecado (1): si éste es un pensamiento de orgullo, le huellas con tus plantas y le das la muerte: si es un pensamiento impuro, le atraviesas el corazón. ¡Ay! figurémonos en esta procesión al Salvador cual si subiese al Calvario: unos le golpeaban, otros le llenaban de injurias y blasfemias..., sólo algunas almas santas le seguían llorando y mezclando sus lágrimas a la preciosa sangre con que regaba el suelo. ¡Oh! ¡cuántos judíos y verdugos van a seguir al Salvador, los cuales no se contentarán con darle muerte una sola vez, sino que le crucificarán sobre tantos calvarios cuantos son sus corazones! ¡Ah! ¡cómo es posible que un Dios que tanto nos ama, sea tan despreciado y maltratado!

Sí, H. M., si amásemos a Dios, sería para nosotros una gran alegría, una gran dicha el venir todos los

(1) No se trata aquí de cualquier pecado, sino del pecado *mortal*.

domingos al templo a emplear algunos momentos en adorarle y pedirle perdón de los pecados ; miraríamos aquellos instantes como los más deliciosos de nuestra vida. ¡ Ah ! ¡ cuán consoladores y suaves son los momentos pasados con este Dios de bondad ! ¿ Estás dominado por la tristeza ? ven un momento a echarte a sus plantas, y quedarás consolado. ¿ Eres despreciado del mundo ? ven aquí, y hallarás un amigo que jamás quebrantará la fidelidad. ¿ Te sientes tentado ? ¡ oh ! aquí es donde vas a hallar las armas más seguras y terribles para vencer a tu enemigo. ¿ Temes el juicio formidable que a tantos santos ha hecho temblar ? aprovechate del tiempo en que tu Dios es Dios de misericordia y en que tan fácil es conseguir el perdón. ¿ Estás oprimido por la pobreza ? ven aquí, donde hallarás a un Dios inmensamente rico, que te dirá que todos sus bienes son tuyos, no en este mundo sino en el otro : Allí es donde te preparo riquezas infinitas ; anda, desprecia esos bienes perecederos y en cambio obtendrás otros que nunca te habrán de faltar. ¿ Queremos comenzar a gozar de la felicidad de los santos ? acudamos aquí y saborearemos tan venturosas primicias.

¡ Ah ! ¡ cuán dulce es, H. M., gozar de los castos abrazos del Salvador ! ¡ Ah ! ¿ no habéis experimentado jamás una tal delicia ? Si hubieseis disfrutado de semejante placer, no sabríais aveniros a veros privados de él. No nos admire, pues, que tantas almas santas hayan pasado toda su vida, día y noche, en la casa de Dios, no sabiendo apartarse de su presencia.

Lcemos en la historia que un santo sacerdote hallaba tal delicia y consuelo en el recinto de los templos, que hasta se acostaba sobre las gradas del altar, para que, al despertarse, le cupiese la dicha de hallarse junto a su Dios ; y Dios, para recompensarle, permitió que muriese al pie del altar. Mirad a San Luis : durante sus viajes, en vez de pasar la noche en la cama, la

pasaba al pie de los altares, junto a la dulce presencia del Salvador. ¿Por qué, pues, sentimos nosotros, H. M., tanta indiferencia y fastidio al venir aquí? ¡Ay! H. M., es que nunca hemos disfrutado de tan deliciosos momentos.

¿Qué debemos sacar de todo esto? vedlo aquí. Hemos de tener como uno de los instantes más felices de nuestra vida aquel en que nos es dado estar en compañía de tan buen amigo. Formemos en su cortejo con santo temor; como pecadores, pidámosle, con dolor y lágrimas en los ojos, perdón de nuestros pecados, y podemos estar ciertos de que lo alcanzaremos... Si nos hemos reconciliado, imploremos el don precioso de la perseverancia. ¡Ah! digámosle formalmente que preferimos mil veces morir antes que volver a ofenderle. No, H. M., mientras no améis a vuestro Dios, jamás vais a quedar satisfechos: todo os agobiará, todo os fastidiará; mas, en cuanto le améis, comenzaréis una vida dichosa; ¡y en ella podréis esperar tranquilamente la muerte!... ¡Ah! ¡aquella muerte feliz, que nos juntará a nuestro Dios!... ¡Ah, dulce felicidad! ¿cuándo llegarás?... ¡Cuán largo es el tiempo de espera! ¡Ah, ven! ¡tú nos procurarás el mayor de todos los bienes, o sea la posesión del mismo Dios!... Es lo que os deseo...

SEGUNDO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

SOBRE LA SANTA MISA

In omni loco sacrificatur et offertur nomini meo oblatio munda.

En todas partes, es sacrificada y ofrecida en mi nombre una oblación pura.

(Malaquías, I, 11.)

Es innegable, H. M., que el hombre, como criatura, debe a Dios el homenaje de todo su ser, y, como pecador, le debe una víctima de expiación; por esto en la antigua ley todos los días, en el templo, era ofrecida a Dios tanta multitud de víctimas. Mas aquellas víctimas no podían satisfacer enteramente por nuestras deudas delante de Dios; era necesaria otra víctima más santa y más pura, la cual había de continuar sacrificándose hasta el fin del mundo, víctima que había de ser capaz de pagar lo que nosotros debemos a Dios. Esta santa víctima es el mismo Jesucristo, Dios como su Padre y hombre como nosotros. Todos los días se ofrece en nuestros altares, como se ofreció en el Calvario, y, por esta oblación pura y sin mancha, rinde a Dios los honores que le son debidos, y satisface, por el hombre, todo lo que éste debe a su Criador; se inmola cada día, a fin de reconocer el soberano dominio que Dios tiene sobre sus criaturas, quedando así plenamente reparado el ultraje que el pecado infiere a Dios Nuestro Señor. Ejerciendo Jesucristo de mediador entre

Dios y los hombres, nos alcanza, por este sacrificio, cuantas gracias no son necesarias; y habiéndose hecho al mismo tiempo víctima de acción de gracias, tributa Dios por los hombres todo el reconocimiento que ellos le deben. Mas, para hacernos participantes de todas estas ventajas, es preciso que pongamos algo de nuestra parte. Con el fin de haceros sentir mejor todo esto, intentaré ahora exponeros lo más claramente posible: 1.º la gran dicha de que somos participantes al asistir a la santa Misa; 2.º las disposiciones con que a la misma hemos de asistir; 3.º cómo asisten a ella la mayor parte de los cristianos.

No quiero detenerme, H. M., en la explicación de lo que significan los ornamentos con que el sacerdote se reviste; creo que todos, o la mayor parte de vosotros, lo sabéis. Cuando el sacerdote se dirige a la sacristía para revestirse, representa a Jesucristo bajando del cielo para encarnarse en el seno de la Santísima Virgen, tomando un cuerpo como el nuestro, para sacrificarlo a su Padre por nuestros pecados. Al tomar el ábito, que es aquella tela blanca que se pone sobre sus hombros, se nos representa el momento en que los judíos vendaron a Jesús los ojos, dándole golpes y diciéndole: «Adivina quién te ha pegado». El alba recuerda la vestidura blanca que por burla le mandó poner Herodes al devolverlo a Pilatos. El cingulo representa las cuerdas con que le ataron en el huerto de los Olivos y los azotes con que desgarraron sus carnes. El manípulo, que lleva el sacerdote en el brazo izquierdo, nos representa las cuerdas con que fué atado Jesús en la columna al ser azotado; se pone el manípulo en el brazo izquierdo por ser el más cercano al corazón, lo cual nos muestra el exceso del amor de Jesús, a impulsos del cual sufrió, por nuestros pecados, aquella cruel flagelación. La estola nos recuerda la soga que le echaron al cuello al cargarle la cruz a cuestas. La casulla representa el ves-

tido de púrpura, y la túnica inconsútil sobre la cual echaron suertes.

El *Introito* representa el ardiente deseo que los patriarcas tenían de la venida del Mesías, y por esto se repite dos veces. Cuando el sacerdote reza el *Confiteor*, se nos representa a Jesucristo cargando con nuestros pecados a fin de satisfacer a la justicia de Dios Padre (1). El *Kyrie eleison*, que quiere decir: «Señor, tened piedad de nosotros», representa el miserable estado en que nos hallábamos antes de la venida de Jesucristo. No detallemos más. La *Epístola* significa la doctrina del Antiguo Testamento; el *Gradual* significa la penitencia que hicieron los judíos después de la predicación del Bautista; el *Aleluya* nos representa la alegría de un alma que ha alcanzado la gracia; el *Evangelio* nos recuerda la doctrina de Jesucristo. Los diferentes signos de la cruz que se hacen sobre el cáliz y sobre la hostia, nos recuerdan todos los sufrimientos que Jesucristo hubo de experimentar durante el curso de su Pasión. Quizá otra vez insistiré sobre este punto.

I. — Antes de mostraros la manera cómo debéis oír la santa Misa, he de deciros dos palabras sobre lo que se entiende por *santo sacrificio* de la Misa. Sabéis ya que el santo sacrificio de la Misa es el mismo sacrificio de la cruz que fué ofrecido allá en el Calvario el Viernes Santo. Toda la diferencia está en que, cuando Jesucristo se inmoló sobre el Calvario, aquel sacrificio era visible, es decir, se presenciaba con los ojos del cuerpo; Jesucristo fué inmolado a su Padre, por manos de sus verdugos, y derramó su sangre; por esto se le llama

(1) Rodríguez, t. III, pág. 575. San Gregorio. (Nota del Santo).

El santo autor ha sacado las explicaciones que preceden, de Rodríguez, Tratado VI.º, cap. XV.

La mayor parte de este sermón, así como algunos rasgos históricos narrados más abajo, proceden de la misma fuente. Nos referimos a ella una vez por todas.

sacrificio cruento : lo cual quiere decir que la sangre manaba de sus venas y se la veía correr hasta el suelo. Mas, en la santa Misa, Jesucristo se ofrece a su Padre de una manera invisible ; es decir, tal inmolación la vemos con los ojos del alma pero no con los del cuerpo. Ved, en resumen, H. M., lo que es el santo sacrificio de la Misa. Mas, para daros una idea de la grandeza y excelsitud del mérito de la santa Misa, me bastará, H. M., deciros, con San Juan Crisóstomo, que la santa Misa alegra toda la corte celestial, alivia a las pobres almas del purgatorio, atrae sobre la tierra toda suerte de bendiciones, y da más gloria a Dios que todos los sufrimientos de los mártires juntos, que las penitencias de todos los solitarios, que todas las lágrimas por ellos derramadas desde el principio del mundo y que todo lo que hagan hasta el fin de los siglos. Si me pedís la razón de esto, ella no puede ser más clara : todos estos actos son realizados por pecadores más o menos culpables ; mientras que en el santo sacrificio de la Misa es el Hombre-Dios, igual al Padre, quien le ofrece los méritos de su pasión y muerte. Ya veis, pues, según esto, H. M., que la santa Misa es de un valor infinito. Por eso hallamos en el Evangelio que, en el momento de la muerte del Salvador, se obraron muchas conversiones : el buen ladrón recibió allí la seguridad de entrar en el paraíso, muchos judíos se convirtieron y los gentiles golpeábanse el pecho reconociéndolo por verdadero Hijo de Dios. Resucitaron los muertos, se abrieron las peñas y la tierra tembló.

Sí, H. M., si acertásemos a asisitir a la santa Misa con toda suerte de buenas disposiciones, aunqueuviésemos la desgracia de ser tan obstinados como los judíos, más ciegos que los gentiles, más duros que las rocas que se abrieron, es certísimo que alcanzaríamos nuestra conversión. En efecto, nos dice San Juan Crisóstomo que no hay momentos tan preciosos para tratar

con Dios de la salvación de nuestra alma, como aquellos instantes en que se celebra la santa Misa, en la que el mismo Jesucristo se ofrece en sacrificio a Dios Padre, para obtenernos toda suerte de gracias y bendiciones. «¿Estamos afligidos?, dice aquel gran Santo, pues hallaremos en la Misa toda suerte de consuelos. ¿Nos agobian las tentaciones? vayamos a oír la santa Misa, y allí hallaremos la manera de vencer al demonio.» Y, de paso, voy a citaros un ejemplo. Refiere el Papa Pío II que un caballero de la provincia de Ostia estaba continuamente atormentado por una tentación de desesperación que le inducía a ahorcarse, lo cual había intentado ya varias veces. Habiendo ido a entrevistarse con un santo religioso para exponerle el estado de su alma y pedirle consejo, el siervo de Dios, después de haberle consolado y fortalecido lo mejor que pudo, aconsejóle que tuviese en su casa un sacerdote que celebrase allí todos los días la santa Misa. Díjole el caballero que lo haría gustosamente. Al mismo tiempo fué a recluirse en un castillo de su propiedad, y allí un sacerdote celebraba todos los días la santa Misa, que el caballero oía con la mayor devoción. Después de haber permanecido allí por algún tiempo con gran tranquilidad de espíritu, un día el sacerdote le pidió permiso para ir a decir la Misa en una iglesia vecina en la que se celebraba una festividad extraordinaria; el caballero no tuvo en ello inconveniente, pues se proponía ir también allí a oír la santa Misa. Mas una ocupación imprevista le retuvo, sin que de ello se diese cuenta, hasta el medio día. Entonces, lleno de espanto por haber perdido la santa Misa, cosa que no le acontecía nunca, y sintiéndose otra vez atormentado por su antigua tentación, salió de su casa, y encontróse con un lugareño que le preguntó dónde iba. «Voy, dijo el caballero, a oír la santa Misa.» «Es ya demasiado tarde, respondió aquel hombre, pues están todas celebradas.» Fué aquélla una noticia muy

cruel para el caballero, quien se puso a dar voces, diciendo: «¡Ay! estoy perdido, pues se me escapó la santa Misa». El lugareño, que era amigo del dinero, al verle en aquel estado, le dijo: «Si queréis, os venderé la Misa que he oído y todo el fruto que de ella he sacado». El otro, sin reflexionar siquiera, lleno de pesar como estaba por haber faltado a la santa Misa contestó: «Pues sí, aquí tenéis mi capa». Aquel hombre no podía venderle la santa Misa sin cometer un grave pecado. Al separarse, el caballero no dejó, sin embargo, de proseguir su camino hacia la iglesia para rezar allí sus oraciones; al volverse a su casa, después de sus prácticas piadosas, halló a aquel pobre paisano colgado de un árbol en el mismo lugar donde le había aceptado su capa. Nuestro Señor, en castigo de su avaricia, permitió que la tentación del caballero pasase al avaro. Movidó por un tal espectáculo, aquel caballero dió gracias a Dios durante toda su vida, por haberle librado de un tan grande castigo, y no dejó nunca de asistir a la santa Misa a fin de agradecer a Dios tantas bondades. A la hora de la muerte confesó que desde que asistía diariamente a la santa Misa, el demonio había dejado de inducirle a la desesperación (1).

Pues bien, H. M., ¿tiene razón San Juan Crisóstomo al decirnos que, si somos tentados, procuremos oír devotamente la santa Misa, con lo cual alcanzaremos la seguridad de que Dios nos librará de la tentación? Sí, H. M., siuviésemos la debida fe, la santa Misa sería para nosotros un remedio para cuantos males nos pudiesen agobiar durante nuestra vida. ¿No es, en efecto, Jesucristo, nuestro médico de cuerpo y alma?...

II. — Hemos dicho que la santa Misa es el sacrifi-

(1) Este rasgo histórico está también referido por el P. Rossignoli, en *Maravillas divinas en la Sagrada Eucaristía*, maravilla LXIII.*

cio del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo, el cual no se ofrece a los ángeles ni a los santos, sino solamente a Dios. Sabéis ya que el santo sacrificio de la Misa fué instituído el Jueves Santo, al tomar Jesús el pan y transformarlo en su Cuerpo y al tomar el vino y convertirlo en su Sangre. Fué entonces cuando dió a los apóstoles y a todos sus sucesores el poder de hacer lo mismo; a lo cual llamamos nosotros sacramento del Orden. La santa Misa se compendia en las palabras de la Consagración; y sabéis ya que los ministros de la misma son los sacerdotes y el pueblo (1) que tiene la dicha de asistir a ella, si une su intención con la del celebrante; de lo cual concluyo, H. M., que la mejor manera de oír la santa Misa es unirse al sacerdote en todo lo que él reza, seguirle, en cuanto sea posible, en todas sus acciones, y procurar encenderse en los más vivos sentimientos de amor y agradecimiento: éste es el método más recomendable.

En el santo sacrificio de la Misa podemos distinguir

(1) 1.º En el santo sacrificio de la Misa, Jesucristo es el sumo sacerdote y el ministro principal. Ofrece el sacrificio en su nombre y por su propio poder; seguramente, no se sirve de manos extrañas para ofrecerle, sino que El por sí mismo comunica al sacrificio toda la eficacia.

2.º El celebrante es verdaderamente sacerdote y ministro del sacrificio. A este fin fué llamado y ordenado; de Jesucristo ha recibido la potestad. Es el ministro de Jesucristo y ocupa el lugar del Salvador. Ofrece, pues, el sacrificio por la acción y el ministerio anejos a su persona. Lo ofrece solo, sin que tenga necesidad de los asistentes.

3.º Los fieles no son verdadera y estrictamente los ministros del sacrificio.

Si alguna vez se los llama ministros oferentes del sacrificio, es hablando en sentido lato, ya que no lo ofrecen por sí mismos, sino por ministerio del sacerdote. Ved cómo concurren a dicho acto:

1.º *De una manera general*, como miembros de la Iglesia que destina al sacerdote para que celebre el sacrificio en su nombre; 2.º *de una manera especial*, asistiendo a la Misa y uniendo su intención a la del sacerdote para ofrecer a Dios el sacrificio; 3.º *de una manera muy especial*, cuando concurren más próximamente al sacrificio, ya sea sirviendo al sacerdote en el altar, ya dando limosnas para que se celebren Misas.

tres partes: la primera comprende desde el principio hasta el Ofertorio; la segunda, desde el Ofertorio hasta la Consagración; la tercera, desde la Consagración hasta el fin. Debo advertiros que, si nos distrayésemos voluntariamente durante una de estas tres partes, pecaríamos mortalmente (1); lo cual debe inducirnos a tomar la precaución de evitar que nuestro espíritu divague fijándose en cosas ajenas al santo sacrificio de la Misa. Digo, H. M., que, desde el comienzo hasta el Ofertorio, hemos de portarnos como penitentes penetrados del más vivo dolor de los pecados. Desde el Ofertorio hasta la Consagración, hemos de portarnos como ministros que van a ofrecer Jesucristo a Dios Padre, y sacrificarle todo cuanto somos: esto es, ofrecerle nuestros cuerpos, nuestras almas, nuestros bienes, nuestra vida y hasta nuestra eternidad. Desde la Consagración, hemos de considerarnos como personas que han de participar del Cuerpo adorable y de la Sangre preciosa de Jesucristo: por consiguiente, hemos de poner todo nuestro esfuerzo en hacernos dignos de tanta dicha.

Para que lo comprendáis mejor, H. M., voy a proponeros tres ejemplos sacados de la Sagrada Escritura, los cuales os mostrarán la manera cómo habéis de oír la santa Misa: es decir, en qué cosas debéis ocuparos en aquellos momentos tan preciosos para quien acierta a comprender todo su valor. El primero es el del publicano, y en el cual aprenderéis lo que debéis hacer al principio de la santa Misa. El segundo es el del buen ladrón, que os enseñará cómo debéis portaros durante

(1) «Si nos distrayésemos voluntariamente durante una de estas tres partes, pecaríamos mortalmente».

Esta aserción del santo cura de Ars es muy severa. Los fieles no han de ser tratados más rigurosamente que los sacerdotes. Y los sacerdotes son acusados de pecado mortal si se hacen culpables de una distracción voluntaria durante la Consagración.

la Consagración. El tercero es el del centurión, que os dará la norma para el tiempo de la Comunión.

Hemos dicho, primeramente, que el publicano nos enseña el comportamiento que hemos de observar al comienzo de la santa Misa, acto tan agradable a Dios y tan poderoso para conseguir toda suerte de gracias. No hemos de esperar, pues, para prepararnos, haber entrado ya en la iglesia. No, H. M., no, un buen cristiano comienza ya a prepararse al abandonar el lecho, haciendo que su espíritu no se ocupe en otra cosa que en lo que se relaciona con tan alta ceremonia. Hemos de representarnos a Jesucristo en el huerto de los Olivos, prosternado, con la faz en tierra, preparándose al sangriento sacrificio, del cual va a ser víctima en el Calvario; así como hemos de tener también presente la grandeza de su caridad, que llegó hasta a decidirle a aceptar para sí el castigo que debíamos nosotros sufrir por toda una eternidad. En cuanto nos sea posible, hemos de asistir en ayunas, por ser ello muy agradable a Dios. En los primeros tiempos de la Iglesia, todos los cristianos iban a Misa en ayunas (1). Conviene que, durante la madrugada, impidáis que vuestro espíritu se ocupe en negocios temporales, teniendo presente que, después de haber trabajado toda la semana para vuestro cuerpo, es muy justo que concedáis este día a los negocios del alma y a pedir a Dios la remisión de vuestros pecados. Al ir a la iglesia, procurad no conversar con nadie; pensad que seguís a Jesucristo llevando la cruz hacia el Calvario, donde va a morir para salvarnos. Antes de la santa Misa, debemos destinar unos instantes al recogimiento, a llorar nuestros pecados y a pedir a Dios perdón de ellos, a examinar las gracias de que estamos más necesitados, a fin de pedírselas durante la Misa, y hemos de procurar también no faltar jamás ni

(1) Porque acostumbran comulgar en la Misa.

al *Asperges*, ni al *Passio* (1), ni a las Procesiones (2), ya que todo son buenas obras que nos preparan a asistir bien al Santo Sacrificio.

Al entrar en el templo, penetraos de la gran dicha que os cabe, mediante un acto de la más viva fe, y por un acto de contrición y arrepentimiento de vuestros pecados, los cuales os hacen indignos de acercaros a un Dios tan santo y excelso. En aquel momento, pensad en las disposiciones del publicano cuando entró en el templo para ofrecer a Dios el sacrificio de su oración. Escuchad lo que nos dice San Lucas: «El publicano se mantenía a la entrada del templo, con la mirada fija en el suelo, sin atreverse a dirigirla al altar, golpeándose el pecho y diciendo a Dios: Señor, tened piedad de mí, que soy un gran pecador» (3). Ya veis, pues, H. M., que no entró con un aire arrogante y altanero, como lo hacen muchos cristianos, «los cuales parece, según dice el profeta Isaías, que quieren acercarse a Dios cual si fuesen personas que nada tienen en su conciencia que pueda humillarlos delante de su Criador» (4). En efecto, fijaos en la manera de entrar de esos cristianos, los cuales tienen quizás más pecados en la conciencia que cabellos en la cabeza; los veréis entrar con un aire altanero, o mejor, con una actitud que casi es de desprecio para la presencia de Dios. Toman el agua bendita de la misma manera que tomarían agua para lavarse al volver del trabajo; lo hacen sin

(1) En muchas parroquias, desde la Invencción de la Santa Cruz (3 mayo) hasta la Exaltación (14 septiembre), el sacerdote, antes de celebrar la Misa, lee cada día, al pie del altar, el *Passio*, para la conservación de los frutos de la tierra.

(2) El Santo ha hablado ya (sermón sobre las Rogativas, pág. 84) de las procesiones dominicales que, siguiendo antigua costumbre, se celebran en muchas parroquias todos los domingos antes de la Misa mayor, desde la Invencción hasta la Exaltación de la Santa Cruz, o sea a *Cruce ad Crucem*.

(3) *Deus propitius esto mihi peccatori* (Luc., XVIII, 13).

(4) Isaías, LVIII, 2.

devoción y, la mayor parte, sin pensar que el agua bendita, tomada con reverencia, nos borra los pecados veniales y nos dispone a oír bien la santa Misa. Mirad ahora al publicano: teniéndose por indigno de entrar en el templo, va a colocarse en el rincón más oscuro de su recinto; tan confuso se halla bajo el peso de sus pecados, que ni tan sólo se atreve a levantar al cielo sus ojos. Cuán diferente, pues, de aquellos cristianos de nombre, que nunca se hallan bastante cómodos, que únicamente sobre el asiento se arrodillan, que apenas inclinan la cabeza a la elevación, que se sientan sin muestra alguna de corrección, y frecuentemente con las piernas cruzadas. Y nada digo de aquellas personas que deberían venir a la iglesia para llorar sus pecados, y se presentan aquí sólo para insultar con sus ostentaciones vanidosas a un Dios humillado y despreciado, sin pensar más que en atraer las miradas de la gente, o bien para avivar el fuego de sus criminales pasiones. ¡Oh, Dios mío! ¿quién se atreverá a asistir a la Misa con semejantes disposiciones? (1). «Mas nuestro publicano, nos dice San Agustín, golpea su pecho, para manifestar a Dios el pesar que experimenta de haberle ofendido» (2). ¡Ay! ¡cuántas gracias, cuántos bienes alcanzaríamos los cristianos, si procurásemos asistir a la Misa con las disposiciones del publicano! ¡regresaríamos tan cargados de riquezas celestes, como las abejas van cargadas de néctar al volver de un florido vergel! ¡Oh! si el Señor nos hiciese la gracia de que al comenzar la Misa estuviésemos bien penetrados de la grandeza de Jesucristo ante quien estamos, y del peso de nuestros pecados, ¡cuán pronto alcanzaríamos el perdón y la gracia de perseverar!

(1) San Ambrosio... «¿Dónde vas? — Voy a la iglesia. — Ve, desgraciado, a llorar allí. (Nota del Santo).

(2) Homilía sobre el evangelio de la dominica X.^a después de Pentecostés.

Sobre todo, debemos excitar en nosotros durante la santa Misa grandes sentimientos de humildad; esto es lo que debe sugerirnos el ver al sacerdote bajando del altar para rezar el *Confiteor*, profundamente inclinado, él, que ocupando el lugar de Jesucristo, parece recibir sobre sus hombros todos los pecados de sus feligreses. ¡Ay! si el Señor nos hiciese comprender de una vez lo que es la santa Misa, ¡cuántas gracias poseeríamos, de que ahora carecemos! ¡De cuántos peligros quedaríamos exentos siuviésemos gran devoción al oír la santa Misa! Y para convencerlos de ello voy a citaros un ejemplo, en el cual veréis cómo Dios protege de una manera visible a los que tienen la dicha de asistir a la Misa con devoción.

Leemos en la historia que Santa Isabel, reina de Portugal, sobrina de Santa Isabel, reina de Hungría, era tan caritativa para con los pobres que, con todo y tener mandado a su limosnero que no denegase nada, les hacía ella, de su propia mano o valiéndose de sus servidores, continuas limosnas. Solía servirse, ordinariamente, de un paje en el que había notado una gran piedad; mas habiendo otro paje observado aquella preferencia, tuvo celos de su compañero. Movido de aquella pasión, fué a hablar al rey, diciéndole que cierto paje sostenía relaciones ilícitas con la reina. El rey, sin ulteriores indagaciones, resolvió al momento deshacerse de aquel paje lo más secretamente posible. Sucedió que el rey acertó a pasar delante de un horno de cal, encendido, y llamando a los trabajadores encargados de vigilar el horno, les dijo que, al día siguiente por la mañana, les enviaría un paje que había incurrido en su desagrado, el cual les preguntaría si habían ejecutado las órdenes del rey; al tal, debían prenderle y arrojarle en seguida al horno. Dicho esto, regresó a su palacio, y al momento encargó al paje de la reina que, al día siguiente a primera hora, cumplierse

la comisión que ya sabemos. Mas ahora veréis cómo Dios jamás abandona a los que le aman. Quiso Dios que, en el camino que seguía para ir al horno, se hallase una iglesia, y que al tiempo de pasar oyese el paje la campana que señalaba la hora de la Elevación. Entró allí para adorar a Jesucristo y oír lo restante de la Misa que se celebraba. Comenzó otra Misa, y se quedó a oírla también. Mas el rey, que estaba impaciente por saber si se habían ejecutado sus órdenes, envió a su paje para preguntar a aquella gente si habían cumplido lo que les encargara. Como aquél fué el primero en llegar, le cogieron y le echaron al fuego. El otro, terminadas sus devociones, fuése a cumplir la comisión, y preguntó a aquellos trabajadores si habían hecho lo que les ordenó el rey. Le contestaron afirmativamente. Volvióse a dar la respuesta al rey, el cual quedó altamente sorprendido al verle llegar. Lleno de furor, por haber salido la combinación al revés de lo que deseaba, preguntó al paje dónde se había detenido tanto tiempo... El paje le respondió que, acertando a pasar delante de una iglesia, mientras se dirigía al lugar a donde le había mandado, oyó la campanilla que señalaba la Elevación, lo cual le indujo a entrar y quedarse hasta el fin de la Misa; después de aquélla salió otra y después una tercera, que él se detuvo también a oír; con lo cual seguía un consejo que le dió su padre antes de morir, después de haberle dado su bendición, recomendándole que nunca dejase una Misa comenzada sin esperar a que ella hubiese terminado, ya que tal práctica nos atraía muchas gracias y nos libraba de muchas desgracias. Entonces el rey, reflexionando, comprendió muy bien que aquello había ocurrido por justo juicio de Dios; que la reina era inocente y el paje un santo; y que el otro, al acusar, había obrado por envidia. Ya veis, pues, H. M., cómo, a no ser por su devoción, aquel hombre habría muerto quemado, y cómo el Señor, al inspirarle que se

detuviera en el templo, le había librado de la muerte; mientras que el otro, falto de devoción a la Sagrada Eucaristía, fué arrojado al fuego.

Nos dice Santo Tomás que un día, durante la santa Misa, vió a Jesucristo con las manos llenas de tesoros, buscando a quién repartirlos, y que, si acertásemos a asistir con frecuencia y devoción a la santa Misa, alcanzaríamos muchas y mayores gracias que las que poseemos, ya en el orden espiritual ya en el temporal.

2.º En segundo lugar, os he dicho que el buen ladrón nos instruiría acerca de la manera como hemos de portarnos durante los momentos de la Consagración y Elevación de la Sagrada Hostia, momentos en los cuales hemos de ofrecernos a Dios junto con Jesucristo, teniéndonos por participantes de aquel augusto misterio. Mirad, H. M., cómo se porta aquel feliz penitente en la hora misma de su ejecución; ¿no veis cómo abre los ojos del alma para reconocer a su libertador? Pero ved también los progresos que hace durante las tres horas que pasa en compañía del Salvador agonizante. Está amarrado a la cruz, sólo le quedan libres el corazón y la lengua, y ved con qué diligencia ofrece uno y otra a Jesucristo: le hace entrega de todo lo que tiene, le consagra su corazón por la fe y la esperanza, le pide humildemente un lugar en el paraíso, es decir, en su reino eterno. Le consagra su lengua, publicando su inocencia y santidad. A su compañero de suplicio le habla de esta manera: «Es justo que a nosotros se nos castigue; pero El es inocente» (1). En la hora en que los demás se entretienen ultrajando a Jesucristo con las más horribles blasfemias, él se convierte en su pánegirista; mientras sus discípulos le abandonan, él abraza su partido; y su caridad es tan grande, que no omite esfuerzo alguno por convertir a su compañero.

(1) Et nos quidem iuste... hic vero nihil mali gessit (Luc., XXIII, 41).